

EDUCACIÓN SEXUAL.

José Luis Pujadas S. I.

La instrucción sexual es *uno* de los factores de la educación de la castidad. Entre los distintos medios naturales — educación del pudor y de la sinceridad, formación de la voluntad— y supuestos los sobrenaturales, condición necesaria para conservar la pureza, la instrucción sexual es digna de tenerse en cuenta. No porque valga más que otros; sino porque ha sido más olvidado y es para muchos del todo desconocido, al menos en sus benéficos resultados. Por eso aquí tratamos de él. No por su mayor importancia en sí, sino por su mayor desconocimiento.

La instrucción sexual

Es clara la importancia de las primeras noticias que impresionan el alma del niño acerca de los problemas de la sexualidad. Ellas van a fundamentar toda la dirección de su vida.

Los padres conocen quizás los peligros que corren los hijos aunque sean todavía muy pequeños. Saben las luchas que tienen que experimentar en defensa de su pureza. Pero les cuesta creer que su hijo, precisamente el

suyo, ése... está ahora en plena batalla ¡Tiene todavía el niño una mirada tan inocente! Pero el niño, o la niña, no es más o menos bueno porque se le haya presentado ya el problema sexual, hecho en sí del que en muchos casos no será responsable. Será bueno o no, según la posición adoptada ante las exigencias de este problema. Quiero insistir en ello. Es verdad que cuanto más se prolongue ese estado de despreocupación por lo sexual tendrá más tiempo de robustecerse y disciplinarse la voluntad del niño. Pero más importante, mucho más, es adelantarse al niño, instruirle y prevenirle en el ambiente sano y sobrenatural de la familia, que tener la posibilidad, solo la posibilidad, de que sea iniciado fuera del hogar.

Y los padres tienen que desengañarse. Por mucho que extremen su vigilancia —y ojalá lo hagan así— las conversaciones, los anuncios vistos y oídos, el cine, la calle, el colegio, el mismo trato social ordinario (1) hará caer en la cuenta al niño de algo que excitará su curiosidad, curiosidad creciente, a veces avasalladora. Y entonces ¿qué? ¿Se atreverá el niño a formular sus dudas a sus padres? En la mayoría de los casos, no. Los padres son, los que, adivinando la situación del hijo o previniéndola, tienen que abordar el problema con decisión y naturalidad.

A quién corresponde dar la instrucción

Hemos empleado hasta ahora la palabra padres o educadores al referirnos a las personas que deben enseñar a sus hijos los misterios de la vida. Ahora es necesario salir de dudas y aclarar en cuanto se pueda quiénes son y por qué los designados para dar la instrucción y en qué circunstancias pueden desentenderse de tan seria obligación.

(1) Así lo confirma en el ambiente de Francia la obra de M. RIGAUX, S. I.: *Formation a la Pureté*. Paris (1936) pág. 40.

Que la instrucción sexual, como parte de la educación, corresponda por derecho a los padres, ni se discute, ni se duda. Que tengan que ser ellos personalmente y sin encomendar el asunto a terceras personas no es tan admitido; al menos en la práctica. Dada la naturaleza de la instrucción nadie podrá darla más satisfactoriamente que los mismos padres, supuesta su eficiente preparación. Afortunadamente abundan hoy los libros en que los padres pueden perfeccionar su formación teórica y práctica en este punto (2).

La norma general es, pues, que los mismos padres sean los que instruyan a sus hijos. Si por especiales circunstancias no pueden hacerlo, es el caso de pensar en los educadores de la juventud: religiosos—sacerdotes si es posible— para los niños; religiosas o personas mayores de toda confianza y gran solvencia moral para las niñas.

Queda por solucionar si entre los padres es a él o a ella a quien incumbe preferentemente la obligación. Hay gran variedad de criterios y opiniones, todos conciliables entre sí.

El ideal para instruir a sus hijos es el cónyuge que puede dar la instrucción de la manera más apta. Fácilmente se comprenderá que hay en esta aptitud gran variedad. Teniendo esto presente, pero atendiendo a las circunstancias más ordinarias, la madre suele ser la más apta para sus hijas y casi siempre para sus hijos en la primera parte del problema, en lo que se refiere a la maternidad. El padre, por lo general para los hijos en la segunda parte del problema; matrimonio y oficio del padre en él.

Si los padres no se encuentran capacitados y deciden encomendar esta instrucción al sacerdote, será prudente que ante sus hijos aparezcan enterados e interesados en ello; esta vinculación al problema del hijo será beneficiosa y estrechará los lazos de la mutua confianza.

Cuándo y cómo instruir

Ante un problema tan complejo, sólo la consideración individualizada de cada etapa de instrucción logrará que nos alejemos lo más posible de nociones generales

Infancia:

Dos peligros, por desgracia bastante frecuentes, tienen que obviar los padres en la primera infancia de sus hijos, cuando ni la conciencia ni los movimientos sexuales espontáneos pueden atraerlos hacia lo típicamente sexual, es decir alrededor de los 7 años.

Las estadísticas y la experiencia ofrecen la triste realidad de un número considerable de niños, víctimas de la servidumbre que los tenía a su cargo, (3). Todo el cuidado de los padres será pequeño. Ni vale descuidarse confiando en la solvencia moral de la persona que cuida de ellos. Junto con los casos de verdadera perversión se presentan también con frecuencia el de aquellas sirvientas que tal vez sin comprender las fatales consecuencias que se pueden seguir, recurren a procedimientos nocivos como tocar determinadas partes del cuerpo de los niños, para reprimir su llanto o su mal humor (4).

El segundo peligro, con frecuencia efecto del primero, es la adquisición de malos hábitos que predisponen al niño o le conducen a un hipersexualismo difícil de controlar. El cultivo del pudor y la vigilancia de la madre, junto con la corrección amorosa y natural en caso de desviación, son aquí el mejor remedio contra estos peligrosos enemigos (5).

Esta vigilancia, sin embargo, no debe ser advertida por el niño. Le restaría confianza en sus padres y hasta le induciría a ciertas sospechas perjudiciales sobre el porqué de esa vigilancia. Al contrario, una delicada y prudente observación sobre el niño se hermana muy bien con cierta naturalidad espontánea que no ve malicia en las cosas que no la tienen, ni advierte el menor reparo en la realización de todas aquellas acciones que la limpieza y la vida social sana exigen y en las que nada de malo existe. Tal vez en este punto la educación española ha pecado de

(2) *Proyección*, en su número 8 ofrece a los lectores un catálogo seleccionado de las principales obras sobre esta materia.

(3) HARDY SCHILGEN, S. I. *Normas Morales de Educación Sexual*, Madrid (1953) pág. 60, 4.ª edic.

(4) Dr. W. STECKEL, citado por FR. CHARMOT, S. I. *El amor humano*, San Sebastián (1943), pág. 281.

(5) SCHILGEN, o. c. pág. 60.

rigidez y exageración. Desde luego la de muchas familias y educadores.

Al llegar a los siete años es cuando suelen comenzar los movimientos sexuales espontáneos, es decir inconscios e independientes de la propia voluntad. En esta edad en que el niño llega al uso de la razón debe saber implícita y explícitamente lo que es pecado, dentro, por supuesto, de su mentalidad infantil.

Puede suceder que a esta edad, o antes en muchos casos, el niño haya formulado ya esa pregunta tan temida muchas veces de los padres: «mamá ¿de dónde vienen los niños?» Aquí es donde empieza en rigor la verdadera educación o deseducación del niño. Si se le responde con evasivas o con el cuento de la cigüeña o de la fábrica de París o, lo que es peor, haciéndole ver que no debe hacer esas preguntas, cuando el niño llegue a conocer la verdad— y será pronto, porque la curiosidad no satisfecha irá en aumento— habrá perdido una parte al menos de la confianza en sus padres y sobre todo, la primera noticia de esos misterios, que son obra de Dios, aparecerá pigmentada de colores de pecado, de algo peligroso sobre lo que se siente una poderosa curiosidad y que solo los mayores pueden conocer.

¿Cuál debe ser, pues, la respuesta? La respuesta tiene que ir encaminada a satisfacer sin mentira la justa curiosidad del niño pero sin ir tampoco más lejos de lo que necesita conocer en el momento. A veces bastará decir que Dios los regala a los padres, frase sencilla, llena de verdad y al alcance de todos. Si el niño insiste en ese momento o después, o los padres, observan que su respuesta no le ha dejado del todo satisfecho, es mejor abordar el problema: un «en otra ocasión te contaré cómo Dios los manda» prepara la primera fase de la instrucción sexual.

Muchas veces, los niños no preguntarán absolutamente nada ni mostrarán siquiera curiosidad por estos misterios. No se engañen los padres con el tópico formulado al menos en sus corazones de que su hijo no es como los demás. Con mucha cordura obrarán los padres que al niño o niña que ha pasado ya los siete años y aún no pregunta nada le ponen en la ocasión de que lo haga

o sencillamente toman la iniciativa. El nacimiento del Niño Jesús, las palabras del Ave María o de la Salve en que se alude a esto, pueden servir de comienzo a una digna instrucción sobre los problemas sexuales. Insistimos: mejor es llegar con tres meses de adelanto que con un día de retraso. Con todo, si basta a la curiosidad del niño el decirle que Dios es quien los manda, o que brotan de la madre como una rosa del rosal, no hace falta descender a más explicaciones (6). Cuánto más pueda buenamente y sin peligro prolongarse este estado de inocencia, tanto mejor.

La sicología materna y la gracia de estado, por lo demás, ayudarán a los padres para acertar en estos momentos.

Edad prepuberal

Llegamos a la edad llamada por algunos prepuberal de los ocho a los diez años aproximadamente. Es la edad en que la curiosidad «que en la fase anterior era acerca de las relaciones de las cosas, ahora es acerca de la naturaleza misma de las cosas, sobre el cómo y el por qué existen». Es obvia la tendencia del niño en esta etapa. Los padres y educadores tiene que contrastar los efectos típicos de este período con una extrema vigilancia inculcando más y más el pudor y procurando fortalecer la voluntad. Las respuestas generales y vagas que antes poníamos en boca de los padres sobre el origen de los niños, no satisfacen del todo la curiosidad. En esta etapa, si ya no antes, será necesario darles a los niños una idea más completa del misterio de la maternidad. Esta verdad prudentemente enseñada produce en los corazones una gran estima de esta prerrogativa de la mujer que ahora se les presenta ennoblecida por el sufrimiento.

Todas las ventajas aportadas por la instrucción se estrellan no pocas veces contra la dificultad de los padres que no encuentran las fórmulas apropiadas para instruir a sus hijos. Sin embargo, la tarea no es imposible:

(6) Sensata es la opinión de GREGORIO MARAÑÓN, *Vocación y Ética*, Madrid (1936), págs. 170-71, 2.ª edic. en que se muestra reacio a la instrucción «científica y pedantesca».

la comparación con una semilla de la que nace una espiga, impregnada del emocionado calor materno, puede ser muy apta para instruir. Una alusión al nacimiento del Niño Jesús y algunas normas prácticas de conducta pueden cerrar esta conversación íntima entre padres e hijos (7).

Pubertad

Prescindamos de las diversas facetas en que los sicólogos dividen a esta etapa.

La pubertad marca el comienzo de la evolución juvenil (8). La afectividad se desarrolla con profusión y tiende a sofocar a una voluntad ordinariamente poco eficaz. En este marco común para los púberes de ambos sexos se encuadran las características de cada uno. Se advierte en *ellos* una creciente influencia fisiológico-sexual que unida a la curiosidad general, acrecentada por el ambiente de misterio, da una tónica de pre-ocupación sexual característica (9).

En *ellas* la nota más típica es un subjetivismo y descontento propio que pueden llevar fácilmente a buscar el sentimiento erótico y a que muchas veces este sentimiento

busque su alimento adecuado en el placer sexual.

La labor de los padres en esta época tan difícil como definitivamente orientadora de la educación de la pureza, la podemos resumir con Schilgen en estas dos consignas: luz y fuerza.

Luz

Nunca más necesaria que ahora para los púberes la claridad de ideas. El desarrollo normal de su propio cuerpo les conducirá a experimentar una serie de fenómenos que suelen turbar terriblemente la conciencia de los jóvenes si no son convenientemente instruidos. Será necesario advertirles de las ocasiones de concupiscencia y tentaciones en que su propio desarrollo les va a colocar. Que se trata, no de un hecho patológico, sino natural, indicio de normalidad fisiológica; pero exige un exquisito cuidado para preservar la salud del alma y del cuerpo. Conjuntamente con estos peligros y teniendo en cuenta las circunstancias de cada caso, hay que precaverles de las tentaciones externas: pornografía, malos compañeros, seductores que quizás puedan salirles al

«Las revelaciones sobre los misterios y admirables leyes de la vida, recibidas oportunamente de vuestros labios de padres cristianos, con la debida proporción y con todas las cautelas obligadas, serán escuchadas con una reverencia mezclada de gratitud e iluminarán sus almas con menor peligro que si los aprendiesen al azar, en turbias reuniones, en conversaciones clandestinas, en la escuela de compañeros poco de fiar y ya demasiado versados, o por medio de ocultas lecturas tanto más peligrosas y perjudiciales cuanto su secreto inflama más la imaginación y excita los sentidos.

Vuestras palabras, si son ponderadas y discretas, podrán convertirse en salvaguardia y aviso frente a las tentaciones».

Pío XII a las Señoras de
A. C. AAS 33 (1941) 456.

paso y conducirles a lo más temible, al vicio solitario del cual con dificultad podrá desahucarse una vez caídos en él (10).

Fuerza

La luz no basta. Hay que fortalecer la voluntad para vencer la fuerte inclinación del apetito sexual que ahora despierta. Nunca insistiremos bastante en este punto. Como elemento esencial en él interviene el factor sobrenatural; la oración, la frecuencia de sacramentos sin lo cual es imposible la victoria. La misma finalidad pretendida por Dios en esos órganos que ejercen tan gran influjo en el desarrollo normal del hombre, eleva cuando se da a conocer las miras de las almas nobles.

Añadamos también el espíritu de sacrificio. La satisfacción constante de los caprichos es uno de los grandes enemigos de la pureza.

Luz y fuerza necesitan los jóvenes. Luz y fuerza que ellos solos no se pueden proporcionar. Resulta necesario que los padres instruyan, eduquen. No esperen, repetimos, a que los hijos pregunten si es que ya han llegado a la edad en que lógicamente debieran haberlo hecho. Aborden ellos mismos el

problema. ¿Cuándo? No es fácil una respuesta general. Muchas veces será entre los 12 y 15 años. Otras, antes de esta edad. Las circunstancias ambientales en que vive cada uno, junto con su desarrollo, darán en suma el momento oportuno. La observación paterna y la luz de Dios dirigirán a los padres en estas esenciales intervenciones de la educación familiar.

Adolescencia y juventud

Aunque diferenciadas entre sí, nosotros las consideramos en conjunto.

Tres son las notas peculiares que la caracterizan: 1) ansias de autonomía, 2) tumultuosidad de vida síquica con desbordamiento de la imaginación y de la afectividad, 3) aspiración típica hacia algo que se entrevé —mundo plétórico de ilusiones y realidades— sin llegar a delinear del todo su contenido.

1) Ansias de autonomía. La adolescencia se caracteriza por el despertar de la personalidad que se está forjando. Todo el problema consiste en guiar al adolescente en esta evolución. Y con demasiada frecuencia caemos en el peligro de olvidarlas. Así la familia que es el medio más apto para la

Entre 1.000 alumnos de un «College», nos dice el Dr. Max J. Exner, 850 han recibido la instrucción en «la calle». Un 79 % de éstos reconocen que fue incompleta por la manera cruda y vulgar en que fue hecha.

La recentísima encuesta hecha a 1.400 estudiantes próximos a dejar la «High School» de Milwaukee nos proporciona esta enseñanza: de 619 muchachos y 781 muchachas, el 58 % afirman haber recibido la información «fuera de casa». De todos ellos, 810 fueron compelidos a buscar la instrucción por sus propios medios: 483, entre chicos y chicas, la recibieron de sus amigos. 112 por medio de lecturas. Otros, de sus hermanos y hermanas mayores, y «en la esquina de la calle».

Sex-character education. J. A. O'BRIEN

evolución del joven y debería ser su refugio en la lucha evolutiva se convierte para muchos en atmósfera asfixiante de su natural desarrollo.

Es que la familia tiene que evolucionar con el adolescente. No es la misión de los padres ahogar las ansias de libertad de sus hijos. Deben moderarlas prudentemente. Enseñarles el uso de su libertad en razón de sus años, sacrificando, cuando sea preciso, esas tradiciones familiares que hoy tal vez no ayudan a la educación (11). El adolescente de hoy es el universitario de mañana mismo y ¿no es conveniente que el joven universitario sepa usar rectamente de su autonomía, de su libertad?

2) Vida síquica. Doble es la misión de los padres y educadores en este punto: Sustituir y encauzar.

La imaginación exuberante del joven sueña, planea, se inquieta...

¡Energías perdidas las más de las veces!
¡Con cuanta frecuencia la actividad egoísta de los jóvenes podría encauzarse hacia el bien social con el cuidado prudente de los padres!

Más importa todavía el recto enfoque de la afectividad. Si en las muchachas reviste ésta el matiz de un «erotismo» casi puro allí donde el ambiente es sano, en ellos es de «erotismo» muy cercano a la sexualidad. Pero la afectividad es potencia de juventud y hay que aprovechar sus valiosas energías. La educación del amor es uno de los puntos más importantes de la educación de los jóvenes (12).

3) Aspiraciones. Y muy ligado con esto van las aspiraciones hacia un mundo en penumbra. Allí entrevé el joven la realidad de sus empresas imaginativas, de su vida afectiva, de sus ansias de independencia, de ese equilibrio síquico-fisiológico que busca, mu-

chas veces sin advertirlo al menos reflejamente. Como estas aspiraciones terminan —al menos hay ese peligro— en procesos sexuales, es necesaria la instrucción conveniente, complemento de la que hasta ahora ha recibido.

Schilgen determina así las características de esta instrucción: 1) Es superflua la descripción detallada de órganos y fenómenos sexuales. 2) La instrucción tiene que ser clara y suficientemente explícita.

3) Es oportuno terminar la instrucción exponiendo el sentido y el alcance del sexto Mandamiento. 4) Hay que dar al joven una idea noble y santa del matrimonio. Aclaremos, siquiera esquemáticamente, este último punto resumiendo el objeto de la instrucción: El valor cristiano y social del matrimonio será el núcleo central. Como antecedente o consiguiente tendrá que ser instruido el joven, si ya no lo ha sido antes, en la función del padre en la procreación de los hijos, señalando en esta intervención la Voluntad y Providencia de Dios. Los sacrificios y trabajos de los padres en favor de sus hijos son muy grandes. Por eso puso Dios sabiamente grandes atractivos en la vida matrimonial — amor y comprensión, ayuda mutua, placer sexual— y fortalece a los casados con la gracia de un sacramento. Como el placer sexual ha sido puesto por Dios precisamente como un estímulo— contrapeso a las cargas y sacrificios de los hijos— está claro que sólo se puede satisfacer dentro del matrimonio (13).

(10) En concreto sepa el joven que las alteraciones que advierte en sus órganos sexuales provienen de una mayor afluencia de la sangre, que en esas circunstancias puede y suele excitarse la concupiscencia, y que solamente en el consentir, no en el sentir, consiste el pecado de impureza. Háganse similares advertencias a las muchachas en los fenómenos propios de su sexo, aconsejándoles el propio dominio que oculte a los demás el decaimiento natural que acompaña al período.

(11) Magníficamente tratado este importante problema en *Ese hijo vuestro*. J. M. DE BUCK, S. I. Bilbao, (1946), págs. 39-40.

(12) FR. CHARMOT, S. I. *El amor humano*. San Sebastián (1943).

(13) La consulta de obras como la de SCHILGEN, tantas veces citada, debería ser asidua para padres y educadores. Muchísimas dudas que la índole de una Revista no puede solucionar, serían aclaradas con su lectura.

(7) Puede verse «Ángel del Hogar» *Iniciación de los niños en los misterios de la vida*. Bilbao (1953) 4.ª edic., y SCHILGEN, o. c. Apéndice: Modelos para las diversas etapas de la educación sexual.

(8) Es inútil tratar de fijar en una edad determinada el comienzo o el fin de la pubertad. Agentes internos —somáticos— y exógenos —clima, ambiente— adelantan o retrasan esta fase del desarrollo. Cfr. AGUSTÍN GEMELLI, O. F. M. *Psicología de la edad evolutiva*, Madrid (1952), págs. 156-157.

(9) GEMELLI. *Psicología de la edad evolutiva*, página 165 y sig.

Muchos lectores podrían pensar que esto es todo. Y no es así. Nos equivocáramos lamentablemente si por supervalorar la instrucción menospreciáramos otras ayudas, particularmente la sobrenatural, única decisiva en éste como en todos los problemas. «*Sin mí, nada podéis hacer*» (Io 15^o) y «*todo lo podemos en Aquel que nos conforta*» (Phil 4^{ta}). Solo la gracia de Dios puede librar a la juventud de la frecuente derrota de la carne.

Pero Dios quiere que cooperemos con su gracia poniendo en juego todos los medios posibles. Y entre ellos, los que hemos expuesto han parecido eficaces a moralistas y pedagogos (14). Y esta es la razón de ser de este artículo.

(14) La instrucción sexual es una parte en la lucha contra la impureza. Lo esencial está en la completa educación moral del joven. Cfr. ETOR PAGNUZZI, *Pureza e pubertà*. Brescia (1943), 2.^a edic.

